

LA LITERATURA INFANTIL EN LA ACTUALIDAD

— Por Carmen Bravo-Villasante —

Doctora en Filosofía y Letras. Escritora. Autora de numerosas biografías: «Vida de Bettina Brentano», «Vida y obra de Emilia Pardo Bazán», «Galdós visto por sí mismo»; y de «Historia de la Literatura Infantil Española», «Historia y Antología de la Literatura Infantil Iberoamericana» e «Historia de la Literatura Infantil Universal». Premio Nacional de Literatura de Investigación 1980.



Cualquier obra bien escrita, vaya dirigida a quien sea, es una obra de arte. El escritor que escribe para niños tiene tanto talento como el escritor que escribe para adultos. Nunca se ha pensado que sea más difícil escribir un poema heroico que una novela. ¿Por qué va a ser más fácil escribir para niños que para mayores? Incluso, a veces, tiene más dificultad escribir para la infancia y la juventud, y sólo quienes tienen un don especial pueden hacerlo.

La literatura para los niños, que antes no pasaba de ser una ligereza, un género menor, que algunos hasta clasificaban de subgénero, poco a poco pasa a considerarse como una obra de arte, una modalidad más de la gran literatura. Sólo varía el público lector. Así como el poeta dirige sus madrigales a la amada, el escritor infantil escribe para los niños.

* BAJO la rúbrica de «Ensayo» el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes la colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto de un tema general. Anteriormente fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje, el Arte, la Historia, la Prensa, la Biología, la Psicología, la Energía y Europa. El tema desarrollado actualmente es el de la Literatura.

En números anteriores se han publicado: *Literatura e ideología*, por Francisco Ynduráin, Catedrático de Lengua y Literatura Españolas de la Universidad Complutense; *La novela actual*, por José María Martínez Cachero, Catedrático de Literatura Española de la Universidad de Oviedo; *Tres modelos de supranacionalidad*, por Claudio Guillén, Catedrático de Literatura Compa-

En el frondoso árbol de la Literatura, la Literatura Infantil es una de las ramas más florecientes, que ha dado espléndidos frutos.

Muchos son los grandes escritores que han escrito para la infancia y la juventud. Rubén Darío ha escrito poemas especialmente dedicados a los niños. El «Pequeño poema infantil» que comienza:

*Las hadas, las bellas hadas
existen, mi dulce niña,*

y la famosa poesía dedicada a Margarita Debayle:

Margarita, está linda la mar

son poemas modernistas tan bellos y representativos como todos los suyos. Rafael Pombo el colombiano, elogiado por José Asunción Silva, ha escrito unas fábulas que recitan todos los niños de Colombia; Amado Nervo en sus «Cantos escolares» ha vestido su musa de corto, como hizo García Lorca en sus «Canciones», al poetizar para los niños, y Gabriela Mistral con sus «Rondas», que se cantan y bailan en América, y Juana de Ibarbourou con sus «Canciones a Natacha», escritas expresamente para su hija y con sus logradas obras de teatro, especialmente concebidas para un público infantil, y en Costa Rica, Anastasio Alfaro, con su novela histórica «El delfín de Corubici», que debe su nacimiento a una visita afortunada que hace el autor a un grupo de jó-

▷ rada en la Universidad de Harvard; *Lectura ingenua y disección crítica del texto literario: la novela*, por Francisco Ayala, novelista, ensayista y crítico literario; *Espacio y espacialidad en la novela*, por Ricardo Gullón, Profesor en el Departamento de Lenguas Románicas de la Universidad de Chicago; *Literatura e Historia Contemporánea*, por José-Carlos Mainer, Profesor de Literatura Española en la Universidad de Zaragoza; *España-extranjero: un matrimonio de conveniencia*, por Domingo Pérez-Minik, escritor y crítico literario; *Literatura e Historia de la Literatura*, por Francisco Rico, Catedrático de Literaturas Hispánicas Medievales de la Universidad Autónoma de Barcelona; *Precedentes de la poesía social de la postguerra española en la anteguerra y guerra civil*, por Guillermo Carnero, escritor y director del Departamento de Literatura Española de la Universidad de Alicante; y *Lengua coloquial y literatura*, por Manuel Seco Reymundo, miembro de la Real Academia Española y director de su Seminario de Lexicografía.

venes alumnas, que escuchan atentas el relato que luego pasará a libro, y en nuestros días ¡cuántos escritores extraordinarios escriben con dedicación constante para los niños!: la divertida María Elena Walsh en Argentina, con sus poemas inspirados en el más puro folklore infantil, como Gloria Fuertes en España, el gran titiritero Javier Villafañe, Hernán del Solar en Chile, que ha merecido el Premio Nacional de Literatura, por primera vez en la historia de las letras chilenas, por su obra de literatura infantil y juvenil, y Carlota Carvallo en el Perú. Y qué decir de los autores uruguayos, que tienen un estupendo antecedente en Horacio Quiroga y sus «Cuentos de la Selva» para los niños, que deberían estar escritos con letras de oro, y en Brasil la figura extraordinaria del hombre Monteiro Lobato, verdadero fundador de la literatura infantil brasileña. Y estos nombres sólo de América de habla española.

En Europa desde Madame Le Prince de Beaumont, la autora del maravilloso relato de «La Belle et la Bête» («La Bella y la Bestia»), en el que a través del más hermoso mito poético se desprende la más alta moralidad: la metamorfosis de la fealdad en belleza, gracias al beso del amor, el monstruo transformado en príncipe; desde esa creación «nonsensical», disparatada, de Lewis Carroll, que es «Alicia en el País de la Maravillas», hasta los cuentos de Puschkin «El Zar Saltan», y las «Fábulas» de Tolstoi, hasta el «Corazón» de Amicis, que es el diario emocionante de un niño, y el genial «Pinocho» de Collodi, hasta los relatos entusiastas de Julio Verne, y las novelas policíacas del alemán Erich Kästner, y las historias realistas y fantásticas, al mismo tiempo, de la maestra Selma Lagerlöf y de Astrid Lindgren en Suecia, y las intencionadas y humorísticas obras de Elena Fortún y de Salvador Bartolozzi.

Y no olvidemos el nombre conocido por todos, con el que la literatura infantil recibe su consagración definitiva, porque al citar este nombre ya se piensa en Literatura Infantil. El nombre de Andersen Hans Christian Andersen, poeta en prosa de la literatura de los niños y los jóvenes, a los que tantas veces contó sus

cuentos antes de escribirlos: el autor de «La Sirenita», «La Princesa del Guisante», «Blanca Nieves», «Las flores de la pequeña Ida»...

Todos estos escritores y muchos más, hombres y mujeres, un día se dirigieron a un niño, a una niña. Muchas veces eran sus propios hijos que les pedían cuentos, historias, poesías: otras veces eran sus alumnos, y otras eran, como hijos espirituales, los niños del mundo para los cuales el escritor siente deseos de escribir.

Cuando se piensa que la cuarta parte de la vida de un hombre pertenece a la infancia y a la juventud, no es posible desdeñar, o poner en duda, la existencia de la literatura infantil y juvenil, y más cuando esa literatura ha producido ya obras maestras, o ha determinado corrientes culturales de enorme interés.

Por tanto, después de esta apresurada cita de escritores notables dedicados a la literatura infantil, que podría ser ampliada, volvemos a afirmar: cualquier obra bien escrita, vaya dirigida a quien sea, es una obra de arte.

Sí, la literatura infantil ha sido iluminada súbitamente, y ha cobrado categoría artística; lo que en otros tiempos fue género menor, y a veces despreciable, se considera hoy obra de arte. Así, pues, los clásicos de la literatura infantil pueden valorarse con la misma medida que los clásicos tradicionales. Y una rima infantil encierra tanta gracia como un soneto perfecto. Por lo cual, en estos momentos, resulta culturalmente vergonzoso desconocer la literatura infantil y juvenil.

Las palabras que en otro tiempo dijera Benedetto Croce, el filósofo italiano, ya no tienen validez. Cuando Croce, en nombre del arte puro, afirmaba que el arte para los niños no sería jamás verdadero arte, porque en las obras infantiles hay elementos extraestéticos, olvidaba que en otras obras de arte también los hay. Todo género puede ser impuro por sus cualidades extraestéticas. ¿Qué diría ahora que tanto se ha hablado de literatura social y comprometida? No puede despojarse a la obra de arte de las circunstancias de la época, la sociedad, y hasta del individuo a quien va dirigida. Pero,

en fin, esto también pertenece a la historia de las polémicas que ha ocasionado la literatura infantil.

En la elaboración de la obra de arte entran tantos elementos, que la pretendida pureza es muy discutible. Desde una poesía amatoria hasta un sermón, pasando por el género epistolar, el canto patriótico y el teatro político, puede decirse que la pura calidad artística va determinada por la circunstancia.

Como consecuencia de la valorización de la literatura infantil en nuestros días, sucede algo curioso y extraño. Así como en otros tiempos los niños se apoderaban de las obras de los adultos, haciéndolas suyas —ése es el caso de «Robinson» de Defoe, del «Gulliver» de Swift, difícil sátira política, de los «Cuentos» de Perrault, destinados en un principio a las damas de la Corte de Luis XIV, y hasta de los «Cuentos» de Grimm, escritos exclusivamente con un criterio de filólogos folkloristas, y hasta de «Platero y yo» de Juan Ramón Jiménez, que, en un principio, no fue concebido como obra de niños—, ahora los adultos se apoderan de la literatura infantil que ha alcanzado la plenitud de la obra de arte. Y no es raro ver que un adulto se complace con la lectura de los cuentos de Andersen, y extrae todo el profundo simbolismo de ellos, o con la orfebrería maravillosa de los 34 volúmenes de «Le Cabinet des Fées», o se deleita con «La Edad de Oro» de José Martí; porque eso tiene la literatura cuando es hermosa: que sirve para todos.

* * *

Temas y tópicos se hacen evidentes a medida que se estudia más el campo de la literatura infantil en los distintos países. Conforme se abarca el panorama internacional, saltan a la vista las afinidades y las diferencias en este terreno tan poco explorado de la literatura para niños y jóvenes.

Si desde hace unos años se acepta la manifestación de literatura infantil como una rama de la literatura, es natural que la literatura infantil sea susceptible de comparación. En la actualidad, una clasificación sistemática

de los libros y los autores de diversos países ha dado por resultado valiosas historias de la literatura infantil, que permiten una lectura reflexiva. Se producen, entonces, sorpresas reveladoras en el conocedor de esta especialidad.

El estudio de la historia de la literatura infantil francesa, inglesa, italiana, rumana, danesa, española, alemana, rusa o norteamericana, da lugar a encuentros muy significativos que permiten establecer corrientes, muchas veces idénticas, en el desarrollo o la evolución de esta especialidad literaria. Así se descubre la influencia pedagógica, sólo por poner algunos ejemplos, de Raimundo Lulio y Luis Vives en España, de Erasmo y Lutero en los países germánicos, de Bunyan y su «Peregrino» en Inglaterra; o la corriente folklórica que se manifiesta a través de nanas, rondas, canciones, adivinanzas, trabalenguas, disparates, juegos, conjuros, villancicos, oraciones, que permiten establecer una serie de equivalencias entre las rimas infantiles, las «nursery rhymes» y las «filastroche»; o la corriente del «nonsense», absurda, que parece nacida en Inglaterra, y que, sin embargo, tiene paralelos en todos los países, desde nuestros «disparates trovados», de Juan de la Encina, hasta el «mundo al revés» del siglo XVIII, y las «mentiras o patrañas».

En la literatura infantil comparada se reconoce la corriente del cuento maravilloso, y el auge de las leyendas en todas las literaturas infantiles del mundo. El mito, el elemento mágico, lo fantástico es una de las partes integrantes de la literatura infantil. Como en toda obra de arte, estos cuentos maravillosos son susceptibles de diversas interpretaciones. Admiten desde una lectura superficial hasta una lectura profunda. Schiller, por ejemplo, reconoce que «encontraba un sentido más profundo en los cuentos de hadas que me relataban durante mi infancia, que en las verdades que la vida me mostraba».

El poeta filósofo comprendía el gran simbolismo que se encierra en estos relatos maravillosos. Y razones semejantes aduce hoy día el psicólogo Bruno Bettelheim en su libro «The uses of enchantement» («Psicoanálisis de los cuentos de hadas»), cuando defiende los cuentos de

hadas porque «enriquecen la vida del niño, no sólo divirtiéndole, sino estimulando su imaginación y propiciando sus sentimientos positivos al enseñarle que hay que luchar contra las adversidades». Y añade: «Los cuentos de hadas, al tiempo que le divierten, le aclaran su propia personalidad y favorecen el desarrollo de la misma. Hay tantos significados, a niveles tan diferentes, que enriquecen la vida del niño mucho más de lo que pudiera hacerlo cualquier libro, que no puede compararse con los cuentos de hadas».

Si consideramos las estructuras de los cuentos de hadas desde el punto de vista de la investigación, como han hecho Stith Thomson y Vladimir Propp al estudiar el cuento en general, vemos que se ofrecen enormes perspectivas de estudio y de interesantes descubrimientos en el campo de la literatura infantil.

El género de la biografía ejemplar aparece también en muchas literaturas, así como el relato moralizador, conforme al tópico de la «moral en acción»; el auge de los fabularios, en un estadio de la evolución de la literatura infantil, se produce casi como una constante, todo lo cual permite (como en el caso de Cuvier, que ante un hueso de animal prehistórico señalaba la configuración total) predecir cuál será aproximadamente el curso de una Historia de la Literatura Infantil de un determinado país, sin apenas saber nada de él.

Mediante el estudio de la literatura infantil comparada puede adivinarse que habría, en sus orígenes, una fuerte corriente pedagógica y moralizadora, una existencia subterránea, o simplemente oral, de literatura folklórica infantil, un rico fabulario culto y popular, una corriente religiosa, una serie de leyendas y mitos fantásticos, una narrativa de aventuras y, conforme nos acercamos a la época moderna, una literatura realista cotidiana. Si esto sucede con las corrientes, respecto a los tipos, la literatura comparada sigue ofreciéndonos interesantes descubrimientos: «el niño bueno» y «el niño malo» serán un tópico eje de la literatura infantil, así como el castigo y el premio. Todo ello determinará el tópico de «la vida del hombre obrando bien» y de «la

vida del hombre obrando mal», que tiene representación gráfica en casi todos los países en libros, aleluyas, hojas volantes y literatura de cordel. Tópico que intentó destruir, satíricamente, Mark Twain cuando escribió sus famosos artículos «El niño bueno» y «El niño malo», a los que no correspondían los tradicionales finales de vida, sino que, paradójicamente, estaban cambiados. Asimismo «la niña buena», perla del hogar, y la traviesa, ofrecerían el paradigma femenino a los autores de libros infantiles con protagonistas femeninos. Las corrientes antiautoritarias actuales en la literatura infantil pueden dar idea de la reacción que se ha producido contra esta tipificación, que se había anquilosado.

Algo muy interesante se nos revela cuando comparamos no sólo las literaturas infantiles entre sí, sino también con la literatura de adultos. En una y otra se reflejan las corrientes sociales y culturales de cada época, aunque a veces parezca que la especialidad de la literatura infantil es evasiva o amanerada. Las corrientes educativas de los siglos XV y XVI, o las del XVII, XVIII y del XIX, son evidentes en la literatura infantil. Los «exemplarios antiguos» del XV así lo atestiguan, y mucha literatura del XVII testimonia su origen en Rousseau y en Locke, así como gran parte de la del XIX en los poetas románticos de lo maravilloso.

Si en la literatura infantil hay constantes inmutables, propias de su singularidad, pueden percibirse también transformaciones y novedades debidas a la época, a la sociedad, por lo cual la literatura infantil es un dato más en la historia de la cultura. A este respecto, algunos libros de literatura infantil pueden considerarse como verdaderos documentos. Dejando a un lado su alta calidad artística, o la escasa que puedan tener, estos «Dokumenta», como dirían los alemanes, nos informan acerca de una época o de una determinada sociedad e ideología mejor que cualquier tratado histórico. Por ejemplo, el «Corazón» de Amicis. En este libro, publicado en 1860, hay tales implicaciones sociológicas, que precisamente su revalorización actual, frente al desprecio anterior, radica en su reflejo de la sociedad e ideología de su tiempo.

«Corazón» es el producto del liberalismo italiano en un momento muy importante del país: el «risorgimento».

Cuando a finales del siglo XIX y principios del XX en la Cataluña de la «Renaixença» se inicia un fuerte movimiento social, aparece la famosa revista «En Patufet», que hace hincapié en el mundo laboral y en la humanización cordial de las relaciones entre señores y obreros. «En Patufet» sería el instrumento de literatura infantil más adecuado para un igualitarismo democrático, con vistas a una transformación social pacífica.

La obra del canónigo Schmid, que tuvo tanta difusión en España, nace de la necesidad de lecturas que tiene un núcleo católico en Alemania. La obra de Tolstoi dedicada a los niños nace en un determinado momento social, y de una necesidad moral que siente el autor de modificar la sociedad. Lo mismo puede decirse del movimiento iniciado por Máximo Gorki al incorporarse a la Editora Nacional del Nuevo Régimen soviético.

En otro sentido, la serie de libros de «Celia», de Elena Fortún, son un documento inapreciable de la clase media española durante el período que va de 1926 a 1936. La sociedad victoriana se refleja en los libros de Dickens, y la sociedad aristocrática burguesa en los libros de la Condesa de Segur, con sus marcadas diferencias de clases y discriminación social.

Si estudiamos la ilustración de los libros infantiles, veremos que en ella se reflejan los distintos períodos del arte: estampa en madera, gótico, renacimiento, barroco, neoclásico, grabado romántico, modernismo, impresionismo, realismo detallista, y hasta cubismo y arte abstracto. Así lo han estudiado Klaus Doderer y Helmut Müller en «Das Bilderbuch» (Beltz Verlag 1973), donde se hace la historia del libro infantil ilustrado desde los orígenes de la imprenta hasta nuestros días.

* * *

El concepto de literatura infantil es relativamente reciente. Apenas hace medio siglo que los estudiosos se ocupan de los libros escritos para niños. A los débiles

conatos de historiar el género, surgidos en Inglaterra y Alemania entre bibliófilos aficionados, que consideraban como una afición su coleccionismo de libros infantiles, o como una rareza, sucede el esfuerzo serio y sistemático de clasificar las publicaciones, estudiar las tendencias y remontarse a los orígenes. Nacen así las Historias de la Literatura Infantil inglesa, francesa, italiana, alemana, norteamericana, finlandesa, rusa, australiana, española, etc., y numerosos ensayos y libros de bibliografía y diccionarios de autores. Este enorme material, deslumbrante en muchos aspectos artísticos, y valiosísimo para la investigación sociológica e histórica y etnográfica, es analizado y clasificado. La escasez de otros tiempos ahora se ha transformado en superabundancia. Y no obstante, tampoco podría calificarse de escasa la producción del pasado. Basta con leer el libro de Heinz Wegehaupt «Alte deutsche Kinderbücher» (Bibliographie 1507-1850), Der Kinderbuchverlag. Berlín, 1979, que es una bibliografía comentada con más de 2.360 entradas de los libros infantiles y juveniles del Departamento de Literatura Infantil de la «Deutschen Staatsbibliothek» de Berlín. O el impresionante Catálogo de la Biblioteca Internacional de Munich. A modo de ejemplo citaremos los estudios sobre colecciones, que ofrecen un panorama semejante al descubrimiento de un nuevo mundo; así el estudio de Judith St. John sobre «The Osborne Collection of early children's books, 1566-1910», Toronto 1958, y la «Bibliographie der Nürnberger Kinder und Jugendbücher, 1522-1914», Bamberg 1961, así como el monumental «Lexikon der Kinder und Jugendliteratur», en cuatro gruesos volúmenes, dirigido por Klaus Doderer, iniciado en 1972 y terminado en 1982 (Belz Verlag 1982). El tratado más completo sobre la investigación y estudio de la literatura infantil se debe al profesor sueco Göte Klingberg «Kinder und Jugendliteraturforschung» (Hermann Böhlau. Wien-Köln 1973).

En este momento están interesados en la literatura infantil no solamente los niños, sino los educadores, los psicólogos, los editores, los profesores, los artistas, los escritores, los bibliotecarios y las familias. Es un vasto

movimiento de interés que abarca todas las tendencias. Estamos en el mejor momento. Es un momento de feliz eclecticismo, donde todo es posible, lo nacional y lo universal.

Un paso más y nos encontramos con la multiplicación de bibliotecas públicas infantiles, y con la extraordinaria fundación de la «Biblioteca Internacional de la Juventud», en Munich (1949), por idea de Jella Lepmann, centro de lectura y seminario de investigación, pero sobre todo esfuerzo notabilísimo de universalidad, pues la Biblioteca pretende custodiar en sus estantes todos los libros más representativos y valiosos de la literatura infantil que se han publicado en el mundo. En la actualidad tiene 300.000 libros de todos los países, y publica listas de los mejores libros, hechas con la ayuda de expertos de todo el mundo.

A ejemplo de la «Biblioteca Internacional de Munich» existen otros centros y departamentos de literatura infantil en Berlín (DDR) en la Biblioteca Nacional, en el «Centro Didáctico» de Florencia, en el «Goethe Institut» de Frankfurt, en la «Johanna Spyry Stiftung» de Zurich, en la «Librería del Congreso» de Washington y, desde hace más de siete años, en la «Biblioteca Nacional» de Madrid.

El estado de la cuestión es tal que, hoy día, volvemos a repetir, pudiera resultar culturalmente vergonzoso desconocer la literatura infantil. Como complemento divulgatorio a este artículo, añadiremos que los premios de literatura infantil concedidos en estos últimos años significan el derecho a la consagración que tiene la literatura infantil. Muchos países han creado premios nacionales para el mejor autor del texto y para el mejor ilustrador de un libro infantil. Si bien es cierto que en los Estados Unidos se otorga la «Newbery Medal» desde 1922, y la «Caldecott Medal» para ilustradores desde 1937, y en Inglaterra la «Carnegie Medal» fue concedida por vez primera en 1936, todos los restantes premios nacionales han nacido después de 1945, así el «Deutscher Jugendpreis», los premios italianos «Collodi», «Città di Bo-

logna», el premio «Lazarillo», en España (1958), el «Nils Holgerssos», en Suecia, etc., y el Premio Internacional «Medalla Hans Christian Andersen», creado por la más importante Asociación, la «Organización Internacional del Libro Juvenil» (IBBY), fundada en 1954 por Jella Lepmann, cuyo discurso de inauguración fue pronunciado por el filósofo español Ortega y Gasset en Munich. En Congresos que se celebran cada dos años se concede la Medalla Andersen a un autor y a un ilustrador.

La difusión del arte y el predominio de los medios audiovisuales en los últimos años han influido notablemente en la literatura infantil, haciendo inseparable ilustración y texto, de modo que el escritor y el artista ilustrador se compenetran en feliz simbiosis. Con este motivo, desde 1967 se celebra la «Bienal Internacional de Ilustradores» (BIB) en Bratislava, para premiar a los mejores ilustradores del libro infantil. Desde 1963 se celebra en Bolonia (Italia) la «Feria Internacional del Libro Infantil», donde acuden editores de todo el mundo con la mejor producción de libros infantiles. Esta Feria del Libro Infantil es equivalente a la famosa Feria de Frankfurt para el libro de adultos.

Gran parte de la literatura infantil sigue siendo todavía terreno inexplorado. Algunos trozos acotados se estudian con notable minuciosidad, así lo hace en libro reciente el profesor de la Universidad de Colonia Theodor Brüggemann en su «Handbuch zur Kinder und Jugendliteratur. Von 1750 bis 1800» (Diccionario de la Literatura Infantil y Juvenil. Desde 1750 hasta 1800), con 1.760 entradas.

Tipos, temas, géneros y corrientes, con sus ricas variantes, siguen a la espera de una síntesis, de un análisis que será muy esclarecedor y que enriquecerá la historia de la literatura. Ahora bien, debe quedar claro que no puede estudiarse la literatura infantil aislada de otros campos de la literatura, ya que todo acontecer de la literatura infantil tiene relación con la teoría general de la literatura.